

**William Shakespeare.**
*Julio César.*

(Traducción, introducción y notas de Angel-Luis Pujante). Murcia: Universidad de Murcia, 1987 (40 + 148 págs.).

Tras la aparición no hace un año aún de *Coriolano*, el volumen inaugural de la «Serie Shakespeare», Angel-Luis Pujante continúa ahora con otro de los dramas romanos, *Julio César*, la labor que se ha impuesto de difundir con garantías en castellano la obra del primer dramaturgo inglés. Los criterios y el formato de la edición siguen siendo semejantes en todo a los que configuraron el volumen precedente: como cuerpo principal, naturalmente, la traducción, siempre cuidadosa y meditada; una sección de notas al texto, diseñadas para no caer en la prolijidad que pudiera detraer de una lectura fluida del mismo; una introducción de extensión moderada, en la que prima el afán de esencializar los aspectos relevantes de la obra presentada; una bibliografía igualmente sintética (actualizada, además), donde tienen cabida en diversidad los enfoques críticos que más significativamente han contribuido a una plena apreciación de *Julio César*; y, como complemento, un breve apartado fotográfico, por el que el lector puede observar siquiera algunos detalles relativos a distintas puestas en escena a través de los tiempos.

Por lo que respecta a los dos primeros volúmenes de la «Serie», el conjunto es, pues, enteramente homogéneo. Y no podemos decir que el espíritu con que el autor de la edición abordado la tarea de presentar *Julio César* haya variado tampoco. Su traducción, que, como la de *Coriolano*, respeta hasta el escrúpulo la distribución prosódica y de registros del original, está también en esta ocasión orientada a la búsqueda de un punto de equilibrio ideal entre los principios de fidelidad y claridad. La aproximación o alejamiento respecto a ese punto dependen lógica-

mente del «pulso» que posea el traductor, y Pujante confirma aquí sus ya anteriormente probadas dotes en este sentido. Igualmente, la búsqueda del citado punto, cuando se asume con el rigor necesario, requiere —en especial si se trata de verter un *corpus* tan propenso a acumular impurezas como, debido a su sistema específico de transmisión, es el de la literatura dramática isabelina— toda una labor previa de fijación del texto. aquí y allá, una corrupción textual más o menos en evidencia puede oscurecer un determinado pasaje, o abocarlo a sentidos divergentes. El traductor debe entonces tomar decisiones que van más allá del mero trasvase lingüístico: su papel se funde con el del investigador. Es para esta labor de depuración textual para la que Pujante parece estar especialmente dotado. Con un eclecticismo presidido por el sentido común bien informado, maneja las mejores ediciones del original shakespeariano en busca siempre de la solución más plausible para aquellos pasajes que así lo requieren. La depuración que de este modo lleva calladamente a cabo contribuye a que la claridad sea, como ya sucedía en el caso de *Coriolano*, una de las mayores virtudes de su visión.

*Julio César*, sin embargo, se presta menos al lucimiento del traductor. Como el propio Pujante manifiesta, es una obra casi desprovista de metáforas, una obra en la que el discurso dramático se apoya más bien en la fuerza de la imagen (elevada en ocasiones a símbolo), por lo que su tejido verbal no posee la complejidad ni la riqueza de la otra pieza. El margen que deja a los recursos del traductor es, por consiguiente, menor. Es ésta quizá la razón —y puesto que el traductor que nos ocupa tiene más que probada su competencia como tal— por la que más bien nos han llamado la atención las páginas introductorias. En ellas se repasan de manera concisa, aunque no por ello menos lúcida, aquellos puntos (fuentes, estructura,

estilo, etc.) a que toda introducción debe atender para cumplir sus fines. Se identifica la significación de *Julio César* dentro del canon dramático del autor como el primer paso que éste diera en la dirección por la que iban a producirse sus hallazgos más permanentes. Fue en esta obra, en efecto, donde por primera vez Shakespeare consiguió plasmar «los procesos mentales y los conflictos del personaje consigo mismo». Al margen de la dimensión interior de que quedaba así dotada la obra, los personajes, ni enteramente admirables ni enteramente reprobables, comienzan en ella a configurar, en su deambular por escena, los perfiles de esa realidad poliédrica característica del gran Shakespeare. La composición de *Julio César*, en relación de breve anterioridad respecto a la de *Hamlet*, se revela así como plenamente significativa.

Donde la introducción se muestra más incisiva es en el tratamiento de la estructura temática de *Julio César*. Siguiendo la línea iniciada por David Palmer, Pujante localiza el centro temático en la idea de error, en la cual vienen a confluír los principales temas que componen el entramado de relaciones semánticas que sostiene la obra. Núcleos temáticos importantes como son el de los nombres, la expresión del afecto o la presencia, tan querida de Shakespeare, de un elemento sobrenatural quedan jerárquicamente subordinados, según la visión presentada, al error. Error de juicio, pero provocado por una voluntad incorruptible de ser fieles a una imagen ultraísta de sí mismo; error que condiciona y tuerce las conductas por encima de las más loables intenciones; error que se funde con la propia integridad y acaba por convertirse, cuando se produce en un mundo de casualidades im-

pasibles, en trágico. El error de César facilita la labor de sus asesinos; los sucesivos errores de Bruto, su eventual caída. Cesarismo y estoicismo, dos formas de ideal ético personal, llevan a la autodestrucción en una pieza de características trágicas donde no hay propiamente ni buenos ni malos. Y puesto que los errores de los diversos personajes de esta obra sin protagonista claro determinan sus relaciones mutuas y determinan también el curso de la acción, lo que por encima de todo hace la introducción de Pujante es subrayar las líneas de coherencia interna por las que discurre *Julio César*.

Como ya sucedía con el anterior volumen de la serie, en esta edición se presta atención, además de a los valores literarios, a la faceta propiamente escénica del texto. Las notas al mismo, por ejemplo, no olvidan señalar en los lugares apropiados el aspecto cinematográfico, casi siempre implícito, característico de las técnicas teatrales isabelinas. Hay igualmente un apartado dedicado a representaciones de la obra donde se analizan brevemente los montajes más descolantes de la misma y se pone especial énfasis en aquellos que, por haberse realizado para el cine o la televisión, son todavía asequibles para quienes no hayan tenido ocasión de conocerlos.

La «Serie Shakespeare» continúa su curso. Por lo que hemos visto de ella, no nos cabe duda de que, a medida que avanza, irán también aumentando para el lector español las posibilidades de acceder al *corpus* shakespeariano con las debidas garantías, al tiempo que se le irán ofreciendo orientaciones solventes para una justa apreciación de la misma.

Javier Sánchez Díez